



Marta Millà

Nací en Barcelona, en el barrio de Gracia. Mi padre tenía una librería de teatro muy bonita en la calle Sant Pau y allí nació mi primer amor: ¡el teatro!

Soy actriz. Me gusta ponerme en la piel de los personajes y ver la vida a través de otros ojos. He hecho teatro, cine y televisión.

A los diecisiete años leí *Siddharta*, de Hermann Hesse, y unas mariposas en el estómago anunciaron un nuevo amor: el budismo. La meditación es para mí tan importante como el aire que respiro.

Soy también terapeuta Gestalt. Es un gozo poder acompañar a las personas en su crecimiento personal y ver cómo se van haciendo más libres cada día.



Rebeca Luciani

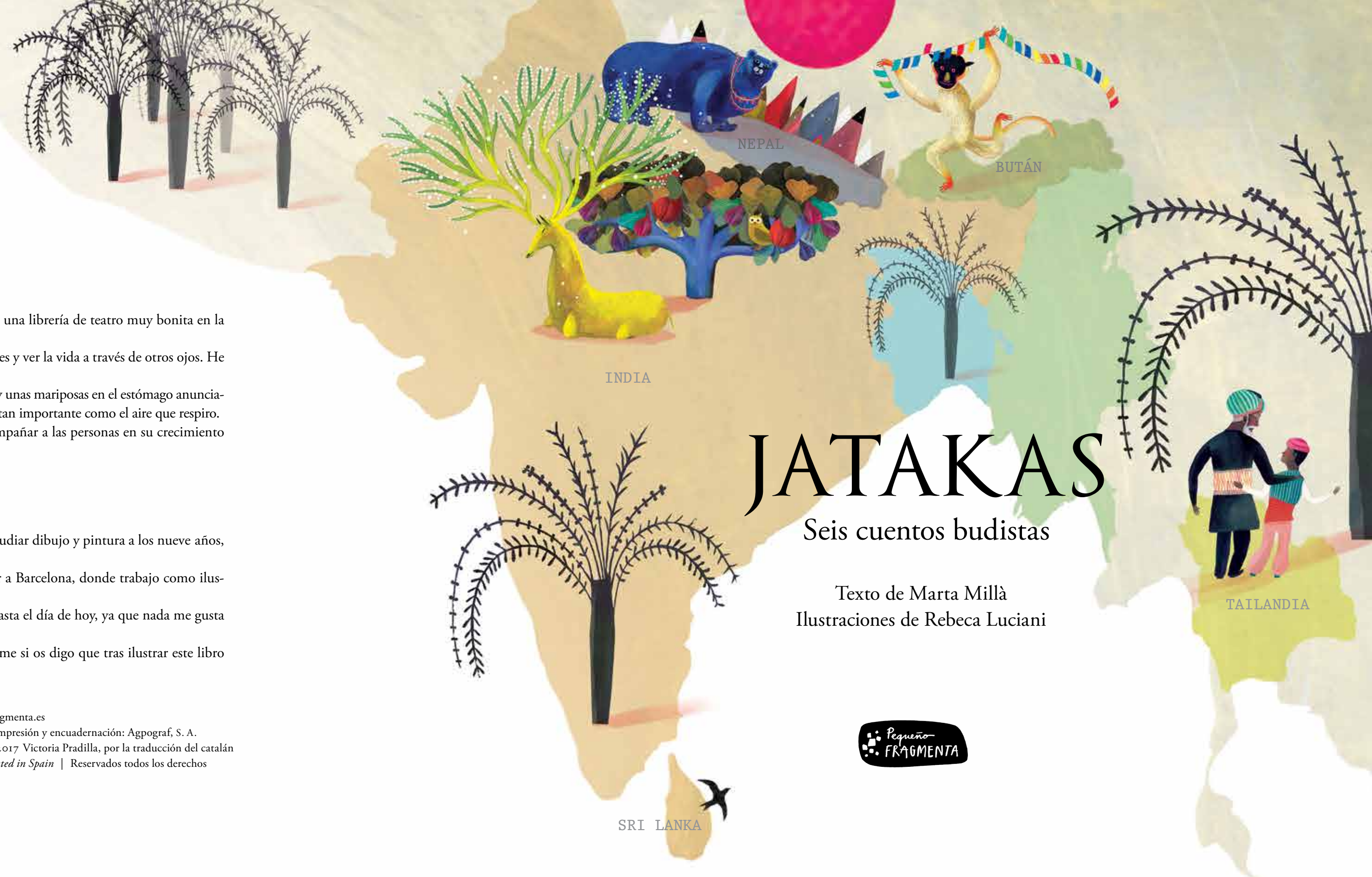
Nací en la ciudad de La Plata, en Argentina. Empecé a estudiar dibujo y pintura a los nueve años, pues ya a esa edad era lo que más me gustaba.

En el año 2000 decidí cruzar el Atlántico y fui a vivir a Barcelona, donde trabajo como ilustradora e imparto talleres de ilustración.

Este espíritu aventurero y visual me ha acompañado hasta el día de hoy, ya que nada me gusta más que viajar y dibujar en paisajes distintos.

A la India aún no he tenido la suerte de ir, pero creedme si os digo que tras ilustrar este libro siento que ya he vivido allí.

Publicado por Fragmenta Editorial | Plaça del Nord, 4, pral. 1.ª | 08024 Barcelona | www.fragmenta.es | fragmenta@fragmenta.es
Colección: Pequeño Fragmenta, 12 | Directora de la colección: Inès Castel-Branco | Primera edición: marzo del 2017 | Impresión y encuadernación: Agpograf, S. A.
© 2017 Marta Millà, por el texto y la «Guía de lectura» | © 2017 Rebeca Luciani, por las ilustraciones y la cubierta | © 2017 Victoria Pradilla, por la traducción del catalán
© 2017 Fragmenta Editorial, S. L., por esta edición | Depósito legal: B. 2.683-2017 | ISBN: 978-84-15518-66-2 | *Printed in Spain* | Reservados todos los derechos



JATAKAS

Seis cuentos budistas

Texto de Marta Millà
Ilustraciones de Rebeca Luciani

Pequeño
FRAGMENTA

SRI LANKA



Hace muchos, muchos años, en el sudeste asiático nacieron unos animales peculiares que tenían poderes mágicos. Cuentan que allí por donde pasaban transformaban las sombras en luz porque contagiaban la alegría y la bondad de sus corazones a todos los seres vivos.

Como las estrellas fugaces que atraviesan el cielo en algunas noches de verano y fascinan a mayores y a pequeños de todo el mundo, de la misma forma estos animales enamoraban a todo aquel que tenía la suerte de verlos, porque a su paso dejaban una estela brillante de polvo dorado.

Eran seres tan especiales, tan llenos de magia, compasión y belleza, que su sola presencia transformaba cualquier mala intención.



El ciervo dorado

El tupido bosque de Kanha, situado en la India central, era antiguamente el lugar preferido del rey Manu para ir a cazar. En este bosque vivía la gran familia de los llamados *ciervos de doce astas*.

Un día, del vientre de la madre más joven, nació un cervatillo dorado. Con el tiempo, sus pequeñas astas se fueron haciendo más grandes y majestuosas, hasta que, coronando su crecimiento, una fina capa de brillantes cubrió sus extremos. ¡El ciervo se había hecho mayor! Su belleza cautivó de tal forma a la familia que decidieron llamarlo *Príncipe Dorado del Bosque*.

Al rey Manu le gustaba comer carne de ciervo. Cada día, galopando en un caballo negro y acompañado de su séquito, iba hasta el bosque de Kanha atravesando los campos de arroz que se extendían alrededor de las tierras de palacio. Cuando llegaban allí, sus hombres lanzaban flechas a diestro y siniestro hasta que hacían diana y un ciervo caía al suelo herido de muerte.

Los campesinos estaban preocupados porque cada vez que los caballos pasaban por sus tierras destrozaban los cultivos. Hartos de esta situación, una noche sin luna rodearon el bosque con antorchas, espadas y lanzas. Hicieron mucho ruido para asustar a los ciervos y hacerlos huir de allí, y los condujeron hasta los bosques del palacio, donde quedaron prisioneros.

A la mañana siguiente, el rey Manu y su esposa salieron a pasear por sus jardines. Vieron una gran manada de ciervos que los miraban con espanto. Había uno de color dorado que tenía una mirada distinta y que los dejó maravillados. La reina enseguida se quedó prendada de él.

—Esos ojos contienen todo el universo —dijo—. Tenemos que proteger a este animalillo para que nadie pueda hacerle ningún daño.

A partir de aquel día, el rey Manu pidió a su cocinero que fuese él mismo quien saliese cada día al jardín de palacio a buscar los alimentos que le hiciesen falta para la comida. Pero el cocinero y sus ayudantes no eran buenos cazadores y, a menudo, herían a varios ciervos con sus flechas.

El Príncipe Dorado, al verlo, dijo a su familia:

—Queridos, muchos hermanos mueren en vano. Ya sabemos que, tarde o temprano, seremos ejecutados. Es nuestro destino. Pero podríamos evitar mucho sufrimiento si nos ofreciésemos voluntariamente.

Toda la familia estuvo de acuerdo y, a partir de aquel momento, cada día uno de los ciervos de la manada caminaba hasta la puerta de la cocina ofreciéndose para el banquete del rey.

Un día le tocó el turno a una hembra preñada. Cuando lo supo, fue a ver al Príncipe Dorado y le suplicó saltarse el turno hasta que hubiese parido y que su cervatillo fuese adulto.

—Ve y no te preocupes por nada —le respondió el Príncipe.

Entonces, el ciervo dorado fue hasta la puerta de la cocina y se echó en el suelo, inclinando su largo cuello sobre la piedra de la ejecución. Pero el cocinero tenía la orden de no matarlo y, al verlo allí, avisó al rey. Su Majestad salió de su cámara, se acercó y le dijo:

—¡Tú no puedes morir, eres especial! ¡Que venga otro en tu lugar!





Pero el Príncipe Dorado, como conocía el lenguaje de los humanos, le explicó al rey la situación de la hembra preñada y le dijo que él aceptaba la muerte de buen grado en su lugar. El rey, conmovido por las palabras y la mirada amorosa del ciervo, dijo:

—De acuerdo. Os perdono la vida a ti y a la hembra.

—Gracias, Majestad —contestó—, pero ¿qué pasará con el resto de la manada? Todos ellos también son especiales.

—De acuerdo, ¡también les perdono la vida! A partir de ahora sois todos libres, podéis volver a vuestro hogar —dijo el rey con lágrimas en los ojos.

Entonces salió la reina, que había oído la conversación, y le pidió al ciervo que se quedase a vivir allí.

Durante un tiempo, el Príncipe Dorado del Bosque vivió en palacio y se hizo amigo de la reina y confidente del rey. Los ayudó a gobernar el país, aconsejándolos para que nunca cayeran en la codicia.

La manada volvió al bosque de Kanha y el rey publicó un decreto oficial para proteger a todos los ciervos de su reino.

Este bosque se convirtió muchos años más tarde en el Parque Nacional de Kanha. Hoy es el parque nacional más grande de la India central y continúa protegiendo al ciervo de las doce astas de la extinción.